



DERECHO Y POLÍTICA INTERNACIONAL SOBRE LA PANDEMIA

(*) *Miguel Ángel Rodríguez Mackay*

La teoría de las Relaciones Internacionales, que estudia los fenómenos políticos, sociales, económicos, militares, tecnológicos, etc., que se producen en la sociedad internacional, debe atender para identificar e interpretar la aparición del denominado Orden Mundial que no es estático. Su naturaleza constitutiva lleva a los Estados y otros actores del sistema internacional a un escenario de vinculaciones en armonía pero también en conflicto. En ese momento es que surge la idea de crear mecanismos para asegurar que dicho Orden Mundial permita que el relacionamiento de los referidos actores no colisione con los intereses que cada uno mantiene de manera legítima siempre pensando en que evitando las fricciones se mantiene el statu quo de la paz internacional que es el fin último de la Organización de las Naciones Unidas desde que fue creada el 24 de octubre de 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, la llegada al poder de Joe Biden, ha acrecentado la idea de una recomposición de los relacionamientos en el sistema internacional, dejando atrás el aislacionismo estadounidense de la era Trump por la apuesta integradora con los países del globo en lo que el nuevo presidente demócrata llama la inserción de Estados Unidos de América en el multilateralismo.

De allí que el Nuevo Orden que caracterizará a la vida internacional de los Estados y de otros actores del sistema internacional, surgido por la pandemia del Covid-19, priorizará de manera visiblemente preeminente, los temas científicos y tecnológicos ligados a la salud en los que la aparición dominante del derecho será crucial para las regulaciones que suponga, por ejemplo, las adquisiciones de la vacuna contra el Covid-19 y el acaparamiento de las referidas vacunas por parte de pocos países, casi siempre, los más poderosos o ricos del mundo.

En ese marco, nada como la preocupación humana por preservar su existencia. El azote de la pandemia ha remecido y revoloteado a los 193 Estados que componen la Organización de las Naciones Unidas, el mayor foro político del mundo que por cierto está llamado a cumplir un rol relevante en la dinámica mundial. Por primera vez -esa es la diferencia con la sociedad mundial postwestfaliana que vio parir al Estado moderno

todopoderoso luego de la Guerra de los Treinta años en Europa en 1648-, las naciones progresivamente deberán aceptar la subordinación de sus agendas ante las impuestas por la nueva realidad planetaria en que la Organización de las Naciones Unidas - ONU, será más protagonista.

Lo anterior es absolutamente compatible con la historia de la sociedad internacional graficada en el Congreso de Viena de 1815 para reunir a las potencias europeas en la única idea de acabar con Napoleón Bonaparte, habiendo quedado toda la etapa anterior incluso hasta la aparición del coronavirus, del desprecio por las potencias, principalmente de las reuniones cumbres sobre nuestro destino, miradas retóricamente y sin fuerza, como la del milenio, convocada por la ONU (2000), que aprobó esperanzadamente los objetivos de desarrollo sostenible. No será fácil porque la terquedad de los gobernantes, ahora que ha sido hallada la vacuna para controlar al Covid-19, los hará volver a las prácticas del unilateralismo enmascarado por la vorágine de los bloques subordinados por la globalización.

Una cualidad notoria y notablemente relevante y diferenciadora de toda la etapa anterior de la sociedad internacional que no se puede desconocer desde la seguridad y la defensa por parte de los Estados y otros actores es que el mundo ya no es el mismo y como no lo es, el derecho debe asumir, en consecuencia, su rol catalizador de regulador de la convivencia nacional e internacional, si acaso no queremos ser ganados o vencidos por la anarquía. En efecto, el globo ha cambiado en poco tiempo por un virus que se ha convertido en un incontenible verdugo de la humanidad: van más de 110 millones de personas contagiadas y más de un millón 2,44 millones de muertos y, a pesar de las vacunaciones que ya han comenzado en diversos países, no hay nada serio que prometa que esta pesadilla vaya a acabar del todo, a pesar de que ha habido descensos en algunas partes del mundo pero también rebrotes como el que se ha experimentado en Europa y América Latina, sin dejar de lado las preocupaciones de la ciencia médica por las variantes, mutaciones y hasta nuevas cepas, que no cesan en aparecer.

En efecto, a diferencia del brote del Covid-19 al comienzo de 2020 y su diseminación por el mundo entero luego de originarse en la ciudad china de Wuhan, con enorme impacto en Europa, cuando alcanzó la calificación de pandemia por la Organización Mundial de la Salud - OMS, la posibilidad de un rebrote fue advertida de mil maneras. El Viejo mundo, con países que muestran un estándar de desarrollo mayor que en otras partes del planeta como África o América Latina, sorprendentemente no ha comprendido la dimensión del problema sanitario, y el relajamiento social terminó convirtiéndose en una regla, cuyo impacto todavía no puede ser medido con exactitud. Volvieron las cuarentenas y los confinamientos y las medidas coercitivas como toques de queda o inmovilizaciones en España, Francia, Italia, Alemania, Reino Unido, etc., para detener la incontenible ola expansiva del rebrote que ya viene comprometiendo seriamente la vida social en las naciones europeas. No es un secreto que la población adulta mayor europea es la que presenta un más alto riesgo para afrontar al Covid-19. Mirando la realidad europea, latinoamericana y en otros lares, corresponde la adopción

de medidas urgentes y efectivas de la gestión pública de los gobiernos porque los Estados siguen mostrándose realmente frágiles ante la pandemia.

A nadie debería quedar la menor duda de que en las actuales circunstancias que vivimos, el mundo será otro en adelante. El coronavirus no ha respetado a las naciones poderosas en el mundo. Las ha irrumpido sin requerir licencias, pasaportes ni visas, y las ha acorralado vencéndolas en sus propios egos de tecnologías; y con los países más pobres se ha vuelto más cruel e inmisericorde. Cuando todo pase, tendremos que evaluar nuestra condición mortal y finita tirando al tacho nuestros delirios de poder y de grandeza. Nuestros paradigmas han cambiado y otra vez, el derecho tendrá que adecuarse a los nuevos resultados de la convivencia que produzca las relaciones entre Estados y personas, propias del nuevo Orden Mundial.

Desde que fue declarada la pandemia del Covid-19, la enfermedad del coronavirus ha cambiado drásticamente el curso inmediato de la agenda mundial, las imputaciones entre EE.UU y China, los dos países con mayor relevancia planetaria - repito que no es Guerra Fría ni mundo bipolar (1)- sobre los niveles de responsabilidad por sus efectos letales, no han cesado, construyéndose guerras bacteriológicas o de otra calificación. La única guerra que hoy debe ser combatida es la que lidia la humanidad ante un enemigo invisible al que no le servirá de nada los tanques, misiles, drones, satélites y otras tecnologías de guerra que se había esforzado en acumular en las últimas décadas buscando entre los propios Estados supremacía o hegemonía. Por primera vez la comunidad planetaria y con ella los países poderosos, que son también los más ricos del mundo, deberán efectuar inversiones millonarias para enfrentar y derrotar al coronavirus que haciendo más compleja la tarea a la propia ciencia, no es identificable a simple vista y se muestra ferozmente, acabando con las vidas de los más vulnerables.

Allí está la nueva recomposición de las actuaciones por prioridad por parte de los Estados y otros actores del sistema global. Esta es la nueva realidad en el globo que va a recomponer los objetivos de los Estados priorizando las políticas de salubridad. En adelante, nuestra certeza nos permite concluir de que habrá más coronavirus, podría ser el Covid 20, Covid, 21, etc., el mundo debe prepararse para otros tipos de defensa (2).

En este marco internacional, es muy importante no perder de vista de que no estamos frente a una guerra o como se crea desde la doctrina tradicional de lo que se entiende por un conflicto bélico. Es verdad de que comprensiblemente aún cunde persistente por estos tiempos entre la abrumadora literatura sobre seguridad internacional, la idea de que estamos ante la inminencia de una tercera guerra mundial por un virus como fue muy mentado al comienzo de la pandemia, cuando lo que está pasando es que las potencias relevantes del mundo, han entrado en pugnas por la hegemonía del poder mundial por un virus, que es distinto. Lo anterior es un enfoque errado. Las guerras son manifestaciones bélicas entre dos o más sujetos del derecho internacional. Por ejemplo, entre Estados (la guerra de Vietnam, o la guerra de Corea, o la Guerra del Golfo Pérsico), que son los actores clásicos del también clásico derecho de la guerra, hoy ampliado y perfeccionado en el denominado derecho de los conflictos

armados internacionales o no internacionales. No hemos visto una colisión militar, es decir, nadie ha lanzado misiles que pudieran activar, por ejemplo, el principio de la legítima defensa, fundado en la respuesta armada de otro, ante un ataque material con daño inferido. Todo lo anterior cae en el ámbito de las guerras convencionales (3). También hay guerra contra actores no convencionales (por ejemplo, el terrorismo del Estado Islámico combatido por una coalición de más de 47 países liderados por EE.UU.). Las reglas de la guerra están reguladas por el Derecho Internacional Humanitario (Convenios de Ginebra de 1949). Como bien lo explican James E. Dougherty y Robert L. Pfaltzgraff (Hijo), autores de la afamada obra "Teorías en pugna en las Relaciones Internacionales" (1990), los Estados pugnan o compiten como rivales encarnecidos por conseguir el predominio político, económico, tecnológico, militar, etc., eso sí, valiéndose de las circunstancias como causa o pretexto -así ha sido siempre-, como es el caso de la pandemia del Covid-19. No hay entonces, guerra mundial sino pugna mundial.

Una cuestión que no suele mirarse interpretativamente desde la teoría de las Relaciones Internacionales y mucho menos desde el derecho internacional es que no sabemos que por la pugna mundial tendremos que ver un mundo multipolar, que es el mundo horizontal, es decir, en el que los principales actores (Estados Unidos, China, Rusia, India, Reino Unido, etc.), que son los que tienen más poder en el planeta, se ubican en el mismo nivel de influencias, sin jerarquías, pues ninguno es más poderoso que el otro. El multilateralismo que hoy pregonan coincidentemente Estados Unidos y China no es la casualidad del sistema internacional sino el reconocimiento del devenir de las fuerzas movilizadoras de los actores internacionales. Eso es verdad y aunque también lo es que no existe el poder perpetuo, donde el que lo cuente hará cualquier cosa por mantenerlo lo más posible, es incontrovertible que seguirá pasando de uno a otro actor, cíclicamente, como ha sido a largo de la historia de la civilización. Los hechos inesperados pero cualitativamente transformadores del mundo como la pandemia del Covid-19, siempre jaquea al más poderoso, desnudándolo en sus propias vulnerabilidades. EE.UU. antes del 11-S parecía imbatible y el atentado de Al Qaeda mostró sus falencias como las que ahora afloran con más muertos y contagiados por el coronavirus. Menoscabado por segunda vez en menos de dos décadas, entonces, Washington tiene solo dos caminos. Recuperarse latigando y encimando a sus rivales o agonizar sin doblegar dando paso luego de la transición multipolar, al futuro hegemón del planeta. Pareciera que Joe Biden quiere apostar por lo primero pero antes sabe que estratégicamente deberá mostrarse como el país abanderado de la paz mundial. Que así lo crea es absolutamente comprensible pues tiene el poder que en rigor ningún otro Estado del planeta tiene. ®

El coronavirus ha sido una inmejorable ocasión para que EE.UU. arremeta inundando el mercado de dólares buscando detener el impresionante despegue chino, aliviada la guerra comercial Washington-Beijing y a las mañas rusas en el Medio Oriente produciendo exponencialmente crudo para abaratarlo y golpear a los estadounidenses. Washington quiere recomponer y empoderar sus relaciones con los

países árabes y por eso viene moviendo sus fichas con países como Emiratos Árabes Unidos, Baréin, Sudán y Marruecos. Una posición estratégica legítima.

En medio de la vorágine del sistema internacional que hoy vivimos es que una verdad incontrastable por la hegemonía no sería difícil suponer que, como consecuencia del impacto de la pandemia del coronavirus, y con ello una severa crisis económica en prácticamente todos los países del globo, las acusaciones recíprocas entre las principales potencias, se convertiría en la regla del comportamiento de los actores internacionales. Las imputaciones mutuas, que no servirán de nada, deberían cesar con agendas de coyuntura. En efecto, la eficacia de las vacunas -con China- o la libertad de Aleéís Navalny -con Rusia-, son propias de las referidas pugnas y deberían dar paso a una etapa de diálogos y consensos globales, liderados por la ONU, para evaluar las medidas que deberá emprender la humanidad para ponerle más atención a la agenda sanitaria, para acabar con el enemigo invisible que le está cambiando la vida a la humanidad, aunque eso en lo inmediato no sucederá.

En ese cultivo propio de las Relaciones Internacionales, no perdamos de vista de que alrededor de los Estados y de sus vinculaciones recíprocas y multilaterales, aparecen elementos exógenos que distraen o apresuran sus objetivos. Lo vemos en el caso de China por la aparición de la enfermedad del coronavirus, que ha diezmado o aletargado, de una u otra manera, su proyección internacional en la que venía concentrado imperturbablemente para convertirse en país, como bien ha dicho prospectivamente el presidente Xi Jinping, hegemon del mundo para el año 2050.

Pero las pugnas mundiales no se detienen. En política internacional hay que ser intuitivos y deductivos. El ministro de Relaciones Exteriores de China, Wang Yi, declaró a mediados de 2020 de que “fuerzas políticas estadounidenses están empujando a ambos países al borde de una nueva Guerra Fría”. ¿Qué es lo que debemos concluir de las palabras del jefe de la diplomacia del gigante asiático?, pues al que menos debe haberle simpatizado es a Vladimir Putin, presidente de Rusia, dado que la Guerra Fría ha sido definida como una etapa de las relaciones internacionales de permanente rivalidad y competencia entre los dos Estados que lideraron el mundo posterior a la guerra de 1939 - 1945, y que llegó a su fin, para unos, con el desmembramiento de la Unión Soviética y de todo el sistema comunista, simbolizado con la caída del Muro de Berlín, el histórico 9 de noviembre de 1989, y para otros, con la aparición de la Federación de Rusia en 1991, en que acabó el mundo bipolar.

Los chinos se han esforzado por décadas, para hallarse en el status que tuvieron los soviéticos -de igual a igual con los estadounidenses-, y solo piensan en pasar a comandar el poder mundial motivados por la denominada Ruta de la Seda que no debe ser vista solamente como la operación estratégica para la conquista comercial del planeta sino de la capacidad china para ganar geopolíticamente el globo. Putin, con 21 años al frente de su país, prometió devolverle a su pueblo, el soñado lugar planetario que tuvieron pero no lo ha conseguido. De hecho el canciller chino, ha sido muy sutil para confirmar que a Beijing no le interesa llegar a ningún conflicto armado con

Washington. Recordemos que la Guerra Fría fue una etapa de tensiones, pugnas y acusaciones mutuas, como las de hoy, pero sin enfrentamientos bélicos. Lo que sí estamos viendo es el retorno del espionaje -esta vez virtualizado- de aquella época.

Uno de los temas en los que seguramente habrá importante trabajo de inteligencia será en el tema de la pérdida de influencia por parte de Estados Unidos en el sistema de las Naciones Unidas y ello tiene impacto en sus niveles poder en el sistema mundial que ganó astutamente luego de la Segunda Guerra Mundial.

En efecto, muchos se preguntan porque razón la sede principal de las Naciones Unidas se encuentra dentro del territorio continental de los EE.UU. (Nueva York), y la verdad es que la respuesta no es nada difícil. EE.UU. fue el país que, como ninguno otro del planeta, resultó extraordinariamente empoderado luego de la guerra de 1939. Todo fue gestado desde que terminó la famosa conferencia de Yalta (Febrero, 1945), en Crimea, península ucraniana -anexada por Rusia en 2014 en flagrante violación del derecho internacional (4)- que reunió a Iósif Stalin (Unión Soviética), Winston Churchill (Reino Unido) y Franklin D. Roosevelt (EE.UU.), los países vencedores de la referida conflagración bélica. Washington sabía que debía capitalizar su marco de influencia -era el inicio de las pugnas ideológicas entre el capitalismo y el comunismo, propios de la Guerra Fría-, ante el foro planetario que cobraba vida luego del fracaso de la antigua Sociedad de Naciones o Liga de las Naciones que surgió al final de la guerra de 1914. Desde la firma de la Carta de San Francisco (1945), que es el tratado constitutivo de la ONU, la influencia de EE.UU. ha sido determinante para su buena marcha estructural, siendo el principal sostenimiento económico de la organización y de sus innumerables organismos o agencias. Por esa razón, la decisión en su momento de Donald Trump de romper con la Organización Mundial de la Salud, había confirmado la perdido esa influencia global que Biden quiere recuperar. Pero si busca el empoderamiento del pasado, deberá apurarse. En 2018 la Casa Blanca se retiró del Consejo de Derechos Humanos de la ONU, y antes no pudo evitar que Palestina sea incorporado como miembro observador. Un signo más de que acabó, aunque sea temporalmente, el mundo unipolar.

Pero lo anterior no significa asumir una posición dogmática en la teoría de las Relaciones Internacionales sobre la seguridad y la defensa pues las debilidades de Estados Unidos no constituyen un epitafio a su poder mundial. Finalmente saben que el derecho con su dominante desarrollo de normas jurídicas está listo para salir a su encuentro.

Nótese como, por ejemplo, después de 10 años en que había suspendido sus operaciones, la Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio de EE.UU. (NASA) -fundada por el presidente Dwight D. Eisenhower (1958)-, lanzó al espacio en 2020, en el marco de la pandemia, la cápsula Dragón para conectar a sus tripulantes con los que ya se encontraban en la Estación Espacial Internacional. Sin duda, una nueva proeza estadounidense; sin embargo, no ha sido gratuita. El mensaje de Washington en medio de la pandemia que parece ser aprovechada por China para promover su ascenso mundial, dado su indiscutido poder económico planetario, ha sido recordar al gigante

asiático que sigue contando el otro poder, el tecnológico y el militar que no cuentan los chinos. Por esta razón, no existe un mundo bipolar por más que Beijing se esfuerce en pregonar lo contrario pues las fuerzas de ambos países aun no son iguales. Tampoco hay nueva Guerra Fría por más que EE.UU., el hegemon, se halle ciertamente muy herido por la pandemia que lo ha vuelto vulnerable, mantiene su marco de influencia aunque disminuido.

No perdamos de vista con realismo y pragmatismo del sistema internacional que la dinámica mundial por la pandemia ha obligado a los Estados a adoptar medidas intraestatales, de lo contrario la pandemia podría haber tenido una fase de crecimiento explosivo. Las proyecciones económicas en el mundo advirtieron del altísimo costo socio-económico que produce las necesarias medidas de aislamiento social adoptadas por muchos países para neutralizar la pandemia. Es la primera vez en la historia de la sociedad internacional que un colapso económico planetario -podría ser mayor que el crack de 1929- seguiría en los cinco continentes. A diferencia de la Gran Depresión producida por la brutal caída de las bolsas, ahora será un virus el responsable de la mayor recesión mundial, lo que solo cambiará, como ya hemos referido, cuando alcancemos el domino total sobre el Covid-19, lo que aún no ha sucedido. El impacto de la crisis, entonces, estará determinado por el tiempo que dure la pandemia, previéndose oscilaciones entre ingenuos descensos y frustrantes rebotes a pesar de que las vacunaciones serán cada más mayores en el planeta.

Las medidas de aislamiento social o cuarentenas que siguen dictando los gobiernos de muchos países -como el Reino Unido o el Perú- para evitar los contagios masivos, constituyen el punto de partida del nuevo relacionamiento virtual planetario. En tanto el mundo no puede detenerse, el hombre ahora de su propia casa, ordena su agenda para cumplir con sus responsabilidades domésticas y profesionales. En las universidades, institutos y colegios de muchos países del mundo, ya comenzaron las clases virtuales; se preparan sesiones de trabajo, también virtuales, volviendo familiar a la plataforma zoom, por ejemplo; en el mundo, las cumbres son virtuales y hasta las misas son seguidas desde una laptop o un celular. En definitiva, la gente prescindirá cada vez más de los contactos directos -no es nada prometedor ni es lo deseado- para reducirlos al mundo de los instrumentos del internet y de las nuevas tecnologías, volviendo a las personas más pragmáticas y de paso, más frías y calculadoras, y, por tanto, menos solidarias, porque los botones y los iconos, se convertirán en la regla para mostrar nuestros estados anímicos. Es verdad que las tecnologías de hoy coadyuvan para hacernos la vida más fácil o rápida, ahorrándonos tiempo para múltiples tareas del día, pero también lo es que la vida humana perderá su encanto -si acaso no ordenamos la vida virtual- forjada en el irremplazable carácter social de la naturaleza humana.

No debemos distraernos por las declaraciones, opiniones, ensayos, etc., por medios escritos, televisivos, videos, y en general por las redes sociales, al por mayor y al menudeo y de todo calibre, sobre las causas, características y consecuencias por el COVID - 19, que son las que se imponen en el mundo. Unas son útiles, racionales, sensatas y ponderadas, y otras, incompletas, desinformadas, alarmistas, tendenciosas y hasta malévolas. Ante ello seamos selectivos discriminando lo que nos llega para

nuestra propia salud física, psíquica, moral e intelectual. Sobre las deliberadamente malintencionadas conviene ignorarlas. Hay otras que son producto de la imaginación, que no teniendo límites porque su autor o autores han ingresado en la etapa de la elucubración, es decir, en el círculo de la imaginación desproporcionada e incoherente - no necesariamente de mala fe como las malévolas-, que pierde el completo sentido de la realidad produciendo en los receptores ansiedad, preocupación y estrés, y en algunos otros gobernados por el drama, hasta el dilema de si vale la pena o no seguir viviendo. Por ejemplo, aquella que dice que el coronavirus es un castigo divino y otra más febril aún, que asegura que el fin del mundo está muy cerca y que, en consecuencia, vivimos los últimos tiempos de la humanidad. También corren por las redes otras menos religiosas y más políticas. Como aquella que asegura que la pandemia es parte de la ya referida guerra bacteriológica provocada por EE.UU. contra China, principalmente, para frenar su rápido ascenso planetario o de que China es la responsable de todo. Eso es lo que nos está dejando la pandemia hasta ahora.

Finalmente, en esta aproximación del fenómeno internacional, lo que sí ha resultado incontestable para el mundo del poder internacional, a la luz de la pandemia, es que una de las medidas más drásticas de los Estados para evitar la mayor diseminación de la pandemia del coronavirus ha sido el cierre de las fronteras nacionales donde la regulación jurídica, totalmente soberana comienza a colisionar con las declaraciones internacionales o acuerdos planetarios sobre los derechos de los migrantes, propios del fenómeno del derecho internacional de los derechos humanos y del derecho internacional de los refugiados como está aconteciendo por estos días con los centroamericanos que pugnan por ingresar en los Estados Unidos de América, o los haitianos que desean hacerlo en Perú en la idea de dirigirse hacia su patria de donde salieron por la gravísima crisis interna. Conviene recordar que conforme las reglas de derecho internacional, ha tenido sentido y constituye una decisión fundada en la soberanía nacional. Pero ha tenido que producirse este drama de salubridad planetaria, para entender que por más aplausos que significó el auge de la globalización en que fueron desdeñadas las fronteras y hasta proclamando su extinción, para que las naciones recurran a esta medida fundados en su prerrogativa nacional. Ahora los países lo hacen para combatir el Covid-19, solo que con un importante detalle: el coronavirus no conoce ni le importa las soberanías estatales como tampoco el principio de inviolabilidad de las fronteras y mucho menos contar con pasaporte o visa, eso lo deja para su huésped, y por esa razón, siendo a los ojos del hombre, invisible a simple vista, la única manera para frenar su expansión ha sido decretar apesurarse con la producción de vacunas y geopolíticamente, decidir el cierre de las fronteras, amparados en las bondades del derecho. Veremos qué sigue en el mundo cada vez más sorprendente en sus nuevos formatos de convivencia para todos los sujetos del derecho internacional o si prefiere, para todos los actores de las relaciones internacionales.

(*) Abogado. Internacionalista y jurista peruano. Maestro en Relaciones Internacionales y Comercio. Presidente del Instituto Peruano de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales - IPEDIRI. Vicerrector del Instituto Internacional de Gobierno - IGOB. ExDecano de la Facultad de Derecho, Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Tecnológica del Perú - UTP. Miembro de

la Asociación Juristas de Iberoamérica (ASJURIB). Profesor de Política Internacional en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Profesor de Derecho Internacional en el Comité Jurídico Interamericano de la OEA (2014). Miembro de la Federación Interamericana de Abogados - FIA. Ostenta la máxima condecoración “Vicente Morales y Duárez del Ilustre Colegio de Abogados de Lima.

PIE DE PÁGINA:

- (1) Kissinger, H, (2010), Diplomacia. Ediciones B, Grupo Zeta.
- (2) Palma, H, (2012), Paz Seguridad y desarrollo en América Latina, Lima, Perú, Biblioteca Nacional del Perú.
- (3) Raymond, A, (1963), Paz y Guerra entre las Naciones, Madrid, España, Occidente Bárbara de Braganza
- (4) Vincent, R, (1976), No Intervención y Orden Internacional, Buenos Aires, Argentina, Marymar.